

SER ANTIFRANQUISTA Y NO MORIR EN EL INTENTO. HISTORIA DE UNA MILITANCIA¹.

Óscar Martín García. UCLM.
Manuel Ortiz Heras. UCLM.

El principal objetivo de esta comunicación es analizar la militancia antifranquista durante los últimos años de dictadura a partir de un relato biográfico. En otras palabras, analizar todo aquello que lleva y motiva a ser un proscrito por causas ideológico-políticas en lo que podríamos denominar como segunda disidencia, es decir, los años sesenta y setenta.

Pretendemos contribuir al enriquecimiento de la historia social del franquismo³ y adentrarnos en el debate sobre las actitudes sociales ante la dictadura⁴. Presentamos una figura que emerge de “esa diversidad de escenarios en los que bajo la apariencia de uniformidades, homogeneidades y consensos, se percibirá una variada gama de reacciones individuales, de grupos y de fracciones de clase”⁵. Aquí el caso estudiado responde a las características generales de los militantes conocidos como “fuerzas de la cultura”: jóvenes nacidos después de la guerra, principalmente provenientes de las clases medias populares y con un despertar a la actividad política paralelo al profundo cambio socioeconómico de los sesenta⁶. Activistas que poblaron las universidades de la

¹ Publicado en *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006. ISBN: 84-609-6996-7.

² Una parte de la investigación ha sido ya dada a conocer en el congreso sobre *Fuentes orales y visuales: investigación histórica y renovación pedagógica* (Pamplona, septiembre 2005), bajo el título *Rojo, pero sobre todo demócrata. Memoria del antifranquismo*. Aquí hemos dejado a un lado las cuestiones relacionadas con la memoria y la reconstrucción del testimonio para centrarnos únicamente en aquello que contribuye a explicar la subversión, la clandestinidad, el ser un proscrito.

³ Esta parcela ha experimentado una considerable mejora en los últimos años. Como hemos apuntado en otra ocasión, mucho ha cambiado el panorama desde que Álvarez Junco y Pérez Ledesma escribieran su ya clásica crítica sobre los estudios de la clase obrera. Sin embargo, dicha mejora no debe guiarnos a la excesiva autocomplacencia. Véanse Ortiz Heras, M.: “Historia social en la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles” en *Spagna Contemporánea*, 28, 2005 (en prensa); Álvarez Junco, J. y Pérez Ledesma, M.: “Historia del movimiento obrero ¿Una segunda ruptura?” en *Revista de Occidente*, 12, 1982 y Barrio Alonso, A.: “Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad”, en *Historia Social*, 37, 2000. La historia social antifranquista es también el terreno en el que se desarrolla el proyecto de investigación (BHA2002-03897) *Sociabilidad y movimientos sociales en Castilla-La Mancha (1959-1986)* del que forma parte este trabajo.

⁴ Véanse Saz, I. y Gómez Roda, J.A. (eds.): *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la postguerra*, Ediciones Episteme, Valencia, 1999 y Font i Agulló, J.: *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Diputació de Girona, Girona, 2001.

⁵ Sánchez, I; Ruiz, D. y Ortiz, M.: *España franquista. Causa y actitudes sociales ante la dictadura*. Cuenca, UCLM, 1993.

⁶ Una interesante caracterización de la que emergen las diferencias entre la oposición llevada a cabo durante el primer franquismo y la realizada en su etapa final en Nicolás Marín, E. y Alted Vigil, A.:

segunda mitad de los sesenta y setenta, ejemplos antitéticos a la visión del consenso civil, tanto activo y pasivo, de la posguerra y que cuestionan la existencia “de un ambiente general que continuaba caracterizándose por la apatía”⁷ para la etapa final del franquismo.

En dos artículos de los profesores Álvarez Junco y Pérez Ledesma que databan de la primera mitad de los noventa se alentaba a los historiadores a reactivar el diálogo pasado con la sociología, lo cual permitiría ofrecer una mirada historiográfica más penetrante sobre los movimientos sociales y la protesta⁸. La teoría de la *movilización de los recursos* o la de los *nuevos movimientos sociales* se convertían en herramientas fundamentales para entender la acción colectiva. Sin embargo, el ejercicio multidisciplinar aconsejado por estos autores quedaba limitado principalmente a la sociología, y en menor medida a la politología. Nada se decía de la utilidad a este respecto de las fuentes orales y de los acercamientos antropológicos. Sin embargo, la utilización de los relatos de vida en este tipo de análisis permite observar la militancia política a la luz de la experiencia biográfica: recorrer las relaciones existentes entre la acción política y los orígenes familiares, relaciones sociales, actividades diarias etc. que dan sentido a dicha militancia.

En el marco espacial de la provincia de Albacete esta comunicación pretende ser continuadora y en parte también complementaria, aunque con diferente enfoque y tratamiento, del estudio del profesor Oliver Olmo. Éste, basándose en el testimonio de *cuatro rojos* albacetenses que participaron en la guerra civil y en el antifranquismo, buscaba “las motivaciones y las actitudes que les llevaron a combatir y a poner en peligro sus vidas por la defensa de unas ideas”⁹. Aquí también buscamos la racionalidad de aquellos que actuaron al margen de los cauces formalizados. A la busca de un modelo de comportamiento extrapolable, hemos optado por la utilización de un testimonio a nuestro parecer de una gran significación, el relato de vida de un

Disidencias en el franquismo (1939-1975). Murcia, DM, 1999. Para una más exhaustiva profundización en el llamado segundo franquismo véase “Desarrollismo, dictadura y cambios sociales”, en *Historia Contemporánea*, 2003 (I), nº 26.

⁷ Sevillano Calero, F.: “Actitudes políticas y opinión de los españoles durante la posguerra (1939-1950)” en *Anales de la Universidad de Alicante, Historia Contemporánea*, 8/9 (1991-1992), pp. 53-68. Más recientemente, “Consenso y violencia en el “Nuevo Estado” franquista: historia de las actitudes cotidianas”, en *Historia Social*, nº 46, 2003, pp. 159-171.

⁸ Véanse Pérez Ledesma, M.: “Cuando suenen los días de la cólera” en *Zona abierta*, nº 69, 1994, p. 113-120 y Álvarez Junco, J.: Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales” en Barros, Carlos (ed.): *Historia a debate*. Actas del Congreso Internacional “Historia a debate”, 7-11 de julio de 1993, tomo III, p. 108.

⁹ Oliver Olmo, P.: “Cuatro rojos. La sensibilidad en la memoria de un grupo de combatientes” en *Al-Basit*, nº 45, diciembre 2001, p. 223.

albacetense activista de la oposición democrática durante los últimos años de la dictadura. Ambos son intentos por reconstruir la memoria de la acción antifranquista en Albacete, pero también nos muestran los diferentes perfiles de militancias, forjadas en diferentes coyunturas, producto de distintos horizontes vitales y socializadas en otros valores de lucha y espacios ideológicos, que tuvieron que convivir en un momento dado, superpuestas bajo unas mismas estructuras, no sin ciertas tensiones¹⁰.

1. Orígenes sociales y vida familiar.

José María López Ariza nació en 1952 en el seno de una familia de clase media baja, con una vaga tendencia ideológica de derechas. Pero en su casa nunca se habló de política. Recuerda que sus padres nunca tuvieron interés en que sus hijos siguiesen una determinada ideología, ni que fuesen “adeptos al régimen, ni de derechas, ni de izquierdas”, lo único que les interesaba es que estudiaran una carrera y se convirtiesen en “hombres de bien”. Recibió una educación familiar propia de la clase media, como muchos de los protagonistas de la transición. Una formación caracterizada por una moral un tanto laxa en comparación con la moral heroica y abnegada de los años cuarenta, y en la que la educación tenía un importante valor como herramienta de acceso a la seguridad económica y al ascenso y prestigio social en un momento de acelerado cambio socioeconómico¹¹.

Su participación en la lucha contra la dictadura poco tiene que ver con una socialización familiar antifranquista. Sin embargo, los jóvenes procedentes de estratos medios despolitizados que, como López Ariza, crecen y se forman en la década de los sesenta son objeto de una especie de *revolución silenciosa*, de absorción de una nueva serie de valores provenientes del profundo cambio económico y social que se está produciendo. La satisfacción de las necesidades materiales básicas desplaza la protesta hacia reivindicaciones con un componente más cualitativo, como pueden ser las

¹⁰ La historia de vida utilizada para la elaboración de esta comunicación es la de José María López Ariza. Quien participó en el movimiento estudiantil antifranquista en las universidades de Murcia y Granada a principios de los setenta. En el verano de 1972 se afilió al PCE. Tras concluir sus estudios fue el responsable de organización del PCE en la provincia de Albacete en la clandestinidad a partir de 1973. Con la llegada de la democracia y de las primeras elecciones municipales de 1979 ostentó el cargo de concejal comunista en las legislaturas 1979-1983 y 1987-1995 (con Izquierda Unida), y diputado provincial en las mismas legislaturas. También fue miembro del Comité Central de PCE, además de otros cargos en la organización local del partido. Las entrevistas grabadas han sido depositadas en el Centro de Estudios de Castilla-La Mancha de la Facultad de Humanidades de Albacete. Agradecemos la colaboración y el tiempo dedicado amable y desinteresadamente por José María López Ariza. Sin su inestimable aportación esta comunicación no hubiera sido posible.

¹¹ Pérez Díaz, V.: *España puesta a prueba 1976-1996*. Madrid, Alianza, 1996, p. 78.

demandas de participación, libertad o democracia¹². También la escolarización conlleva una menor disposición de las nuevas generaciones a la sumisión ante un orden jerárquico¹³. En efecto, aunque la vida familiar de López Ariza no se caracterizase precisamente por la opulencia, sus primeras sensaciones de hostilidad al franquismo no provenían del hambre y la miseria en el campo o en las fábricas, de la percepción de la injusticia clasista o del desigual reparto de la renta impuesto por un régimen político aliado con el capital, sino de la necesidad de experimentar con nuevos horizontes vitales, de una reacción un tanto estética y del repudio de un joven intelectualmente inquieto ante una cultura oficial rancia y caduca, que el protagonista calificaría como “muy cutre”¹⁴.

El caso de López Ariza representa a parte de esa nueva militancia que eclosiona en la última década de pervivencia de la dictadura, que sentía como algo lejano y desconocido la guerra, y que no provenía de familias portadoras de tradición y memoria de la lucha obrera. Una militancia de clases medias populares, sin bagaje familiar en torno a la lucha de clases o las querellas entre la izquierda durante la guerra. Estos orígenes familiares estaban relacionados con una militancia especialmente basada en la demanda de libertades individuales y derechos democráticos más que en la redistribución socioeconómica.

Por otro lado, aunque en la segunda mitad de los sesenta y setenta hubo una tendencia a la generalización de la educación universitaria y las facultades comenzaron a experimentar síntomas de masificación, los estudiantes universitarios provenían en su mayoría de las clases altas y medias¹⁵. En casos como el de López Ariza, perteneciente a los estratos bajos de estas clases medias, era vital disponer de beca y tener algún tipo de trabajo para poder subsistir. Esta procedencia familiar “media” y “neutra” de muchos estudiantes fue esencial en el desarrollo de algunos elementos que equiparaban al

¹² Según Luis Enrique Alonso la emergencia de este tipo de demandas entre los jóvenes de clase media respondía al profundo proceso de desarrollo económico e industrial combinado con el inmovilismo político. Si la introducción en la cultura de consumo de estas clases medias-bajas deshacía la posibilidad de levantamientos propios de sociedades tradicionales, la falta de instrumentos institucionalizados para encauzar los conflictos precisamente producidos por el cambio generó la aparición de demandas basadas en la democratización de las estructuras. Véase Alonso, E.: “Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación” en Vidal-Beneyto, J. (ed.): *España a debate*. Madrid, Tecnos, 1991, vol. II, pp. 80-85.

¹³ Inglehart, R.: *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Democracies*. Princeton, Princeton University Press, 1977, pp. 87-99.

¹⁴ A este respecto véase Gracia, J.: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona, Anagrama, 2004.

¹⁵ Véanse Montero Romero, R.: *La Universidad en la España de Franco (1939-1970)*, Madrid, 1981 y Álvarez Cobelas, J.: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004.

movimiento estudiantil español con los nuevos movimientos sociales que emergían en los países occidentales, y que los separaban del movimiento obrero tradicional: la revolución dejaba lugar a la reivindicación democrática en las pancartas levantadas por los estudiantes, al mismo tiempo que estos no se definían en términos de clase¹⁶.

De forma un tanto paradójica, que intentaremos explicar más tarde, es precisamente el origen familiar despolitizado de estos universitarios, cuya protesta se desmarca del tradicional obrerismo, el que provoca que muchos de ellos pasen a formar parte de la organización obrera por antonomasia, el PCE. En efecto, el testimonio de López Ariza muestra que esa socialización familiar un tanto “neutra” hizo posible la inexistencia de prejuicios ante el PCE que por otro lado mantenían tanto los vencedores como muchos de los vencidos. Según su testimonio, en la universidad el PCE ofrecía una atractiva organización de lucha antifranquista para aquellos que no “tenían ningún resabio de nada”. También fueron muchos de estos jóvenes demócratas de clases medias los que abandonaron el partido a principios de los ochenta ante la falta de democracia interna impuesta por la ortodoxia de los viejos líderes.

2. El instituto.

Volviendo al desarrollo cronológico de la narración hay que señalar la importancia de los años anteriores al compromiso activo dentro de una organización. Es interesante analizar el conjunto de interacciones personales que van forjando una determinada socialización, esencial para la actividad militante posterior: las vivencias que lentamente van dando forma al descontento.

Es decir, cuando José M^a López Ariza llegó a la universidad era un potencial militante del antifranquismo. Será útil observar el proceso en el que se configura dicho potencial opositor, que como ya hemos visto no proviene de una específica socialización familiar antifranquista. Los años del bachillerato fueron muy importantes en la conformación de ese rechazo inicial a la dictadura, fue entonces cuando entró en contacto con la obra de un autor que considera esencial para su compromiso político posterior. Acostumbra a decir: “yo me hice comunista leyendo a Brecht”.

¹⁶ Aunque luego volveremos con mayor profundidad sobre esta cuestión es interesante señalar la insistencia de López Ariza en identificarse a sí mismo durante los años de estudiante como esencialmente demócrata, sin inquietudes de tipo obrerista. Señala que su actuación en el antifranquismo universitario se limitó al movimiento estudiantil, hasta que concluyó sus estudios no tuvo relación con la parte obrera del PCE y sus demandas.

También durante esta época germinó un reducido grupo de amigos del instituto. Conformaban una pandilla de jóvenes inquietos intelectualmente que renegaban de la cultura oficial propuesta por el régimen. En el seno de este grupo fue generándose una oposición, más estética y vital que política, al régimen. Se conjugaban el deseo de encontrar nuevos horizontes literarios, que más tarde comprobarían que habitualmente se encontraban en autores de izquierdas, con el rechazo de la propaganda “abusiva y burda” del régimen que les “repelía intelectualmente”. También tenía su importancia en aquel inconformismo el anhelo de nuevas experiencias vitales con las que evadirse de la hastiada existencia en una “ciudad provinciana, caduca”, “llena de recelos” y “con muy poca libertad”. Básicamente eran jóvenes incómodos ante el panorama de una vida aburrida en el Albacete de la segunda mitad de los sesenta: una ciudad tediosa, donde dominaba la “hipocresía imperante”¹⁷. Su descontento se basaba en la repulsa de jóvenes quinceañeros ávidos de nuevas sensaciones y a los que les disgustaba “tanta zafiedad” cultural. Pero poco tenía que ver esta oposición con un sentimiento de clase, con la experiencia de la explotación y de la exclusión, con una ideología socializante, etcétera.

En los últimos años de instituto estableció muy buenas relaciones con algunos de sus profesores, especialmente con el de matemáticas -Francisco Pérez-, hombre de claras convicciones ideológicas progresistas con el que más tarde coincidiría en el movimiento opositor. Estos profesores le iniciaron en lecturas importantes para su formación. En este pequeño mundo de jóvenes activos culturalmente entró en contacto, mediante hermanos mayores de algunos de sus amigos más cercanos, con personas que luego destacarían en sus diferentes campos de creación, como el literato Martínez Sarrión o el pintor Gallego. También estuvo relacionado con la revista de creación literaria *El Silbo*. Ésta fue el punto de encuentro para muchos de estos jóvenes albacetenses aunque únicamente se publicaron tres números, ya que, finalmente, la policía la prohibió. El paso a la universidad provocó la descomposición del círculo de amistades. Todos los componentes del pequeño grupo de amigos marcharon a la universidad. Posteriormente casi todos militaron en grupos de extrema izquierda como el PTE, FRAP, etcétera.

¹⁷ Este rancio ambiente social es el que describe en los dos primeros volúmenes de sus memorias el escritor Antonio Martínez Sarrión, con quien también entraría en contacto López Ariza durante estos años. Véase Martínez Sarrión, A.: *Infancia y corrupciones*. Madrid, Alfaguara, 1993 y *Una juventud*, Madrid, Alfaguara, 1997.

En líneas generales, José M^a López Ariza considera que en los años en la educación secundaria, a través de las nuevas lecturas, de las conversaciones con sus compañeros, de las relaciones con algunos profesores se fue fraguando una nueva posición ante la vida que se encuentra en la base de su militancia posterior. Es decir, en las relaciones personales y en las actividades cotidianas de aquellos años fue creándose una determinada visión del mundo en abierta oposición con la propuesta por el discurso oficial imperante en una capital provinciana como Albacete.

3. En la universidad.

En 1970 López Ariza marchó a Murcia para comenzar los estudios universitarios. Sus dos primeros años en la universidad giraron en torno al teatro¹⁸. Por aquel tiempo su círculo de amistades casi se limitaba a los compañeros de la compañía. Si el teatro universitario se convirtió en su principal centro de sociabilidad, también le permitió experimentar con el antifranquismo. Recuerda la asistencia del grupo a varios festivales en los que las prohibiciones a algunos de los participantes por sus representaciones críticas provocaban la aparición de muestras de solidaridad y socialización antirrégimen. Considera que aunque en esos años el teatro universitario se aprovechaba de los espacios de libertad tolerados por el régimen en una universidad “irrecuperable”, en muchas ocasiones se entraba en conflicto con las rígidas estructuras franquistas¹⁹. Para López Ariza por aquel tiempo era casi imposible abstraerse de la situación política si se participaba en un grupo de teatro universitario.

Los componentes del grupo tenían cierta vinculación con posicionamientos políticos de izquierdas. Aunque posteriormente buena parte de ellos pasasen a formar parte del PCE, en aquellos momentos no se hablaba mucho de política ni existía una clara definición ideológica de los principios políticos del grupo. Más bien eran jóvenes muy comprometidos con el teatro, con una vaga tendencia izquierdista y cuyo antifranquismo principalmente se basaba en la protesta por la falta de libertad de expresión.

La vida universitaria de López Ariza comenzó a estar cada vez más influenciada por la política desde su elección como delegado de curso en el tercer año. A partir de

¹⁸ El teatro universitario de Murcia era uno de los referentes a nivel nacional en cuanto a innovación. Trataban de realizar representaciones de vanguardia que rompiesen con el “cutre, anodino” y “burgués” teatro del momento. Define al tipo de teatro que desarrollaban como “estéticamente comprometido” y políticamente atrevido, siempre bordeando los márgenes de la censura.

¹⁹ Sobre la protesta universitaria véase Ysás, P.: *Disidencia y subversión*. Barcelona, Crítica, 2004 y Sanz Díaz, B.: *Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la universidad de Valencia*. Valencia, 2002.

entonces buena parte de su tiempo lo dedicaría a participar en la organización de huelgas y manifestaciones, tomar parte en asambleas, viajar a Madrid y Valencia para contactar con los fuertes movimientos estudiantiles de estas universidades, etcétera. Tuvo especial relación con otros dos estudiantes -Pepe Pina y Mariano Peñafiel- muy activos y con ideas parecidas- uno de ellos también se afilió posteriormente al Partido Comunista. Los tres conformaron un primer grupo, al que se le unió más gente, y que se encargó de dinamizar la vida de la facultad de Ciencias.

Su participación en una asamblea prohibida y en la organización de una huelga muy exitosa le acarreó la detención policial y el posterior encarcelamiento a finales de curso. Estuvo muy poco tiempo en la cárcel, un abogado buscado por el PCE consiguió que se le decretase la libertad bajo fianza, cuya suma fue pagada por todos sus compañeros de clase con el dinero destinado al viaje de estudios. Pero esta detención tuvo consecuencias más graves: el rector le expulsó, junto a Pina y Peñafiel, de la universidad, perdió la beca de estudios y también su plaza en el colegio mayor en el que residía. Ese mismo verano de 1972 se afilió al PCE²⁰.

Los tres compañeros pudieron continuar y finalizar sus estudios en Granada gracias a la intermediación de un joven catedrático de Granada simpatizante de grupos de izquierdas con el que habían entrado en contacto mediante su participación en el movimiento estudiantil.

Se puede decir que López Ariza entró a formar parte del movimiento estudiantil porque era un universitario descontento con el franquismo. Sin embargo, este malestar no era nuevo, venía mostrándose desde la época del instituto y se había intensificado mediante la participación en el teatro universitario, pero, ¿por qué López Ariza no participó antes en la lucha antifranquista verdaderamente militante? La respuesta reside en que el malestar no se traduce automáticamente en militancia. López Ariza adquirió un compromiso más militante cuando entró en contacto con las estructuras del movimiento a partir de su elección como delegado de curso. Es decir, un elemento fundamental fue la existencia de una organización que le permitió desarrollar la protesta²¹. La disconformidad que se fue generando en el seno del grupo de amigos del instituto y en la compañía de teatro universitario era un potencial para la acción, pero

²⁰ Pudo seguir viviendo en Murcia gracias a una casa que le consiguió Pepe Pina en la huerta murciana y una moto también agenciada por el PCE. Recibió la ayuda de su hermano mayor y empezó a trabajar en varios trabajos en la industria conservera, la recogida del melocotón, la hostelería, etcétera.

²¹ Para una de las definiciones más claras acerca de lo que representa la *teoría de la movilización de recursos* véase Shorter, E. Y Tilly, Ch: *Las huelgas en Francia, 1830-1968*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pp. 479-482.

ésta no se desató hasta que no aparecieron las estructuras que aportaron recursos, no únicamente materiales sino también de tipo emotivo y cognitivo.

La organización permite transformar las expectativas un tanto difusas en reivindicaciones articuladas. Ese inconformismo estético del adolescente que se rebela contra el tedio provinciano, la reacción ante la cultura oficial, los roces con las autoridades franquistas ante la falta de libertad de expresión, etcétera, adquieren una mayor concreción al formar parte de un movimiento y de una organización con un programa político plenamente elaborado y basado en la consecución de la democracia. El testimonio de López Ariza pone de manifiesto la importancia de la existencia de una organización que facilite recursos, significados, vivencias, etcétera. Incide en que decidió afiliarse al PCE porque “me ofrecía una organización para luchar eficazmente por la libertad”. Una de las razones que promovieron su participación fue la existencia de una estructura de movilización que consideraba útil y apropiada para conseguir sus demandas. Para López Ariza el movimiento estudiantil alentado por el PCE era una de las principales herramientas para aprovechar las ya visibles fisuras en el edificio institucional²².

Si la existencia de unas estructuras disponibles fue importante, también hay que tener en cuenta el ambiente propio de la universidad durante un ciclo de protesta que se dirigía hacia sus momentos más álgidos²³. El ascenso de la conflictividad social de primeros de los setenta era algo especialmente percibido en los centros universitarios. Según López Ariza en la universidad de Murcia era difícil encontrarse con alumnos abiertamente franquistas que mostrasen públicamente su compromiso con el régimen, los antifranquistas parecían más y más bulliciosos. En este contexto de movilización universitaria la militancia contra la dictadura de un joven con la biografía e inquietudes de López Ariza era “una cosa natural”, algo que “iba pidiendo el cuerpo”, de lo que casi

²² McCarthy y Zald también señalan la importancia de la existencia de estructuras y recursos pues “poco importa que uno esté dispuesto desde el punto de vista psicológico o ideológico a participar si no cuenta con el vehículo que pueda lanzarle a la actividad de protesta”. Sin duda, contactos previos como los que cosechó López Ariza en el movimiento estudiantil fueron vehículos básicos para su afiliación posterior al PCE, su cargo de delegado le permitió contactar con otros muchos delegados y conocer a gente cercana al partido. El contacto con el PCE le vino especialmente a través de la persona de Feliciano Albadalejo, conocido del movimiento estudiantil en cuya casa de Valencia habían pernoctado en varias ocasiones con motivo de las reuniones clandestinas entre estudiantes de Murcia y Valencia en las que ambos habían participado. El contacto con Albadalejo provenía de la amistad que compartían Pina y Peñafiel con la novia murciana de éste. Como vemos, junto a la organización formal del movimiento se reproduce toda una red sumergida de relaciones personales que contribuye a vertebrar dicho movimiento.

²³ Para una elaboración del concepto de *ciclo de protesta* véase Tarrow, S.: *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements and Cycles of Protest*. Cornell University, Western Societies Program, Occasional Paper, nº 21, 1991, pp. 42-50.

era imposible abstraerse pues en el ambiente en el que se movía “lo natural era ser antirrégimen”.

Como ya se ha dicho, la organización del movimiento también aportó a nuestro protagonista elementos de tipo cognitivo, instrumentos para interpretar la realidad política circundante. A principios de los años setenta existían factores objetivos que señalaban la apertura de la estructura de oportunidades políticas²⁴. Sin embargo, la aparición objetiva de unas condiciones políticas favorables no era suficiente para desencadenar la acción de forma automática. Las oportunidades políticas existían pero era imprescindible que el individuo las percibiese. Es decir, toda apertura política era el resultado de un proceso de atribución, de una construcción en parte sociocultural en la que se unían los elementos objetivos con los culturales. El PCE contribuyó a que sus militantes no sólo percibiesen sino que maximizasen las nuevas oportunidades políticas. López Ariza señala que la percepción que tenía de la situación política “era muy distorsionada”. Desde los órganos y publicaciones del partido se primaba la visión del “gigante con pies de barro” que estaba a punto de caer, la cual no se adaptaba completamente a la verdadera situación política del país, pero se instauraba en la línea de las tesis comunistas: el derrocamiento del régimen sería fruto de una gran huelga general pacífica resultado de una intensa movilización sociopolítica. Sin duda las condiciones políticas para actuar quedaban matizadas en tanto en cuanto el “PCE había establecido una estrategia que nos contaba y que nosotros nos la creíamos”. La construcción social de la oportunidad nacía de unas condiciones en las que los militantes tenían “un contacto muy limitado con la realidad”, lo cual provocaba unos “análisis que muchas veces se confundían con nuestros deseos”. La apertura en el marco institucional era patente²⁵, pero la clandestinidad y la falta de libertades provocaba una percepción un tanto distorsionada de las posibilidades efectivas: “pensábamos que la realidad era como nosotros deseábamos que fuera, pero luego las cosas no eran así”.

²⁴ Según Paul Preston, en el inicio de la nueva década “Carrero Blanco se vio obligado a afrontar problemas que tres o cuatro años antes no eran otras cosas que vagas insinuaciones [...] La confianza que inspiraran los años sesenta, simbolizada por el éxito del referéndum de Fraga de 1966, se desvaneció ante la agitación creciente en las universidades y en las fábricas”. Preston, P.: *El triunfo de la democracia en España*. Barcelona, Grijalbo, 2001, p. 63.

²⁵ Para López Ariza existían claros signos objetivos que marcaban la aparición de unas condiciones políticas más propicias para la acción de los disidentes, eso se lo confirmaba el propio Fraga con sus posicionamientos reformistas, la colaboración de sectores de la Iglesia que principalmente les ofrecían estructuras para sus reuniones, acciones, etcétera. Pero la mayor evidencia era el desgaste biológico del dictador, para López Ariza a principios de los setenta Franco era una “momia”, un “pelele”. Para aquellos, como él, que identificaban la muerte del dictador con el fin de la dictadura, la decadencia biológica de éste hacía que se reafirmasen en sus creencias: era necesario seguir presionando hasta el derrocamiento final que ya estaba próximo.

Aquella realidad política, que mantenía un claro vínculo con las condiciones objetivas, en parte también era construida a partir de las lecturas de *Triunfo*, *Hermano Lobo*, *Cuadernos para el diálogo*, etcétera, y de la canción de protesta de algunos cantautores: “se percibía que se trataba de seguir empujando hasta que cayera definitivamente. Había una canción de Luis Llach, que cantábamos todos en esa época y que lo explicitaba muy bien, y que se llamaba *La estaca*, que decía: si tu empujas por aquí, yo empujo por allá, y al final cae la estaca”. En líneas generales “habría más voluntarismo que realidad objetiva, pero también había cierta realidad objetiva”.

Por otro lado, la militancia en la clandestinidad no se entiende sin prestar atención a las relaciones sociales e interacciones personales. En este caso el apoyo de personas próximas y la implicación de amigos en la protesta son factores que contribuyen a explicar la militancia. Baste recordar que en sus primeros años en la universidad sus amistades provenían principalmente del grupo de teatro, posteriormente con su incursión en el movimiento estudiantil contactó con nuevos círculos de relaciones, al mismo tiempo que muchos de sus compañeros de teatro también se afiliaban al PCE. En el fragor de la lucha política cosechó nuevas amistades, no sólo en Murcia sino también con activistas de Valencia y otras partes. López Ariza señala que “todos mis amigos (...) estaban en el ajo”, “todas las personas con las que me relacionaba por lo menos eran antifranquistas, si no de izquierdas, por lo menos antifranquistas”. Sin duda, la actividad cotidiana en este entorno social reforzaba la militancia, el sentimiento de pertenencia a un grupo, al mismo tiempo que la vida diaria iba adquiriendo el lenguaje de la causa, lo personal se iba convirtiendo en político. López Ariza considera que más de la mitad de su vida social de aquellos momentos estaba relacionada con cuestiones de tipo político.

Ahora recuerda aquellos años como “una época llena de plenitud” en la que “no cabía el desánimo”, un tiempo feliz. Felicidad que relaciona con la juventud, con la amistad, con una lucha legítima que “tenía pleno sentido”²⁶. Como señala Luisa Paserini, la militancia genera una existencia más excitante, más plena e intensa²⁷. Las relaciones personales y la solidaridad tienen un papel fundamental en el mantenimiento de la llama de la protesta, como así se pone de relieve cuando señala que “estábamos

²⁶ Cuando López Ariza se refiere a una lucha justificada, llena de sentido y que merecía la pena está mostrando su adscripción a una determinada identidad colectiva, la propia de los activistas opositores a la dictadura. Si antes, decíamos que la disponibilidad de unas estructuras y de una organización posibilita el paso del descontento a la acción, también esta identidad o percepción colectiva de la realidad exterior permite, mediante la legitimación de la lucha, que la frustración se convierta en acción.

²⁷ Paserini, L.: *Autoritratto di gruppo*. Florencia, Giunti, 1988, pp. 56-66.

unidos frente al adversario común” y eso “nos hacía que fuésemos muy solidarios, muy compañeros, no cabía la traición entre compañeros”²⁸.

Son muy importantes los elementos de integración social, el sentimiento gratificante de participar en una lucha en la que se forma parte de una gran familia. Para López Ariza “la dictadura era tan burda, tan zafia, tan cruel, tan disparatada que merecía la pena luchar contra ella. Era bueno luchar contra ella, me hacía feliz luchar contra ella... aunque llevara eso algún tipo de peligro”²⁹. Además “estaba muy convencido y veía a mi alrededor a muchos muy convencidos (...) Éramos muchos, entonces también eso te daba fuerzas”.

El testimonio de López Ariza es interesante en cuanto a la reconstrucción de su militancia, pero también nos sirve para realizar algunas reflexiones acerca del movimiento estudiantil. Como ya se ha dicho, los estudiantes españoles compartieron algunos elementos de su lucha con los nuevos movimientos sociales que emergían en aquel entonces en las sociedades occidentales. En la protesta estudiantil antifranquista las demandas por la sociedad sin clases dejaron paso a la búsqueda de la democracia y de la representación directa. Para López Ariza “en ese momento todo nuestro objetivo era democrático, exclusivamente democrático, no planteábamos otro objetivo social, de igualdad, de reparto. No, nuestro objetivo era la democracia, porque eso el PCE lo tenía muy claro: hasta que no se consiga la democracia no se puede ir hacia mejoras sociales”. No sintonizaba con la idea de una revolución marxista pues “veníamos de una dictadura para meternos en otra dictadura del proletariado, ¡ni de coña!”.

También existieron otro tipo de reivindicaciones como el feminismo o las relacionadas con el cuerpo. Ariza recuerda la organización de seminarios sobre la

²⁸ La referencia a los sentimientos de solidaridad y compañerismo evidencia que el individuo no elige participar en un movimiento como si fuese un sujeto aislado, capaz de realizar cálculos individuales en términos de costes-beneficios, sino que está condicionado por todo un contexto social en el que las relaciones y las emociones tienen bastante importancia. Considera que en el ambiente en el que se movía “no podría haber hecho otra cosa” pues era muy difícil “abstraerse de la lucha”. El caso de López Ariza (ex colaborador de la experiencia fugaz de *El Silbo*, estudiante de Químicas, residente en el Colegio Mayor, miembro del grupo de teatro, delegado de curso...) muestra, como señala Oberschall, que los líderes y militantes de un movimiento se reclutan entre “personas activas con anterioridad y relativamente bien integradas en el seno de la colectividad” y no entre individuos “socialmente aislados, atomizados y desarraigados”. Véase Oberschall, A.: *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1973, p. 133.

²⁹ López Ariza reitera en varias ocasiones que luchó contra el franquismo porque creía que debía de hacerlo. Señala que la lucha no le aportó ningún tipo de beneficio material. Era una especie de posicionamiento ético, en aquellas circunstancias se veía casi obligado moralmente a participar en la protesta. Su lucha nacía del compromiso con unas determinadas ideas sentidas profundamente, pues “estaba muy convencido de lo que hacía”. Observamos como los incentivos selectivos por participar en la acción no tienen necesariamente que ser de tipo material, en el caso de López Ariza funcionan más como una especie de recompensa psicológica derivada del sentimiento de haber actuado como debía.

liberación sexual, “también confluye en esa época con todo el movimiento hippy que también preconizaba un poco de todo eso”. La eclosión de la sociedad civil era paralela a la apertura de lo privado, a la expansión del espacio público hacia el privado. Mientras que la distancia entre la sociedad civil y el estado se iba agrandando, el espacio entre la esfera pública y la privada encogía³⁰.

Los testimonios aquí recogidos también dejan claro que los jóvenes que formaban parte del movimiento no lo hacían en función de un sentimiento de clase, no se identificaban como componentes de una clase en medio de una lucha contra el antagonista. Los universitarios se unieron a la lucha principalmente como demócratas y antifranquistas.

La paradoja que ya apuntábamos en el segundo apartado vuelve a aparecer aquí: un movimiento estudiantil entre cuyas reivindicaciones no aparecen las de tipo revolucionario obrerista y que prima la autonomía y participación directa de sus militantes es precisamente alentado por un partido teóricamente revolucionario y que en su historia no se ha caracterizado por la democracia interna. López Ariza pone en evidencia dicha contradicción al señalar que “no éramos marxistas, aunque militábamos en organizaciones marxistas, éramos demócratas simplemente”. El caso de López Ariza durante su estancia en la universidad es el de aquella militancia comunista que no actúa dentro de las organizaciones del partido sino en el seno del movimiento social. Es decir, una especie de representante autónomo del PCE que de hecho se encuentra fuera de la organización de éste³¹.

Efectivamente, a la altura de finales de los sesenta el PCE no era un partido revolucionario. En la estrategia comunista la acción unitaria contra el franquismo era un elemento básico. Se hacía necesario aunar y dirigir contra la dictadura a los diferentes movimientos sociales³². Por ello, desde el partido se planteó, en convergencia con los nuevos aires del eurocomunismo, una reivindicación que intentaba sintonizar con los anhelos de los disidentes de los diferentes movimientos. La reivindicación anticapitalista y revolucionaria fue dejando paso a un concepto de lucha antioligárquica, más en consonancia con el impulso modernizador de los NMS en términos de democratización, autonomía, participación directa, etcétera, y con el horizonte

³⁰ Touraine, A.: “An introduction to the study of social movements” en *Social research*, vol. 52, nº 4, 1985, pp. 777-780.

³¹ Doménech, X.: “El PSUC y el movimiento obrero en la encrucijada. Estrategia, táctica y realidades.” En *I Congreso sobre la historia del PCE 1920-1977*. FIM, Oviedo, mayo del 2004, soporte CD, p. 10.

³² Morán, G.: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1935-1985*. Barcelona, Planeta, 1986, pp. 431-456.

ideológico cultural de los jóvenes de clases medias que conformaban estos movimientos³³.

Sin embargo, la situación política interior hacía imposible la equiparación total entre los NMS de otros países y los españoles, la pervivencia de la dictadura provocó la politización de estos y su subordinación a los partidos políticos³⁴. Existió una relación basada en la *transacción asimétrica*: el PCE aprovechaba la energía del movimiento y su capacidad disruptiva y de captación, a cambio dotaba a éste de una organización básica que daba profundidad y eficiencia a sus demandas.

Otra de las características del movimiento estudiantil era su heterogeneidad. En el antifranquismo universitario confluían diferentes sensibilidades y posicionamientos ideológicos. Las reuniones y asambleas se convertían en momentos de negociación y conflicto, como apunta Ariza “allí teníamos unos debates tremendos” entre comunistas y grupos de la extrema izquierda (maoístas, marxistas leninistas, etcétera). Estaban “siempre a la greña”, aunque en dicho proceso de negociación-conflicto existía un fermento de unión entre todos, el antifranquismo: “¡Abajo la dictadura! era la consigna que a todos nos unía”.

Las actividades cotidianas del movimiento estudiantil eran “poner carteles. Teníamos siempre empapelada la facultad de carteles, hacer asambleas informativas, reivindicativas, coordinar todo eso para cuando hubiera lugar (...) salir a la calle porque había que protestar contra alguna ley del franquismo o contra algún hecho represor del franquismo, pues tener todo el aparato un poco en condiciones para... eso es lo que hacíamos, *y así se iba configurando el movimiento estudiantil*”.

La última parte de la cita anterior, en cursiva, hace referencia de forma explícita al proceso de creación de una identidad colectiva. En efecto, el párrafo señalado muestra la importancia de los procesos de micromovilización, de las actividades cotidianas, de los ya mencionados conflictos y negociaciones en el día a día del movimiento en la creación de una identidad colectiva. Ésta se construye en las actividades diarias de interacción entre los individuos que negocian sobre el tipo de

³³ Alonso, E.: “Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación” en Vidal-Beneyto, José (ed.), *op.cit*, pp. 86-87.

³⁴ Álvarez Junco, J.: “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista” en Laraña, E. y Gusfield, J.: *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS, 2001, p. 249.

acción, los objetivos a conseguir, las oportunidades existentes, los límites, etcétera³⁵. Aunque el partido con mayor implantación en el movimiento era el PCE, en las asambleas se producían en ocasiones tensos debates entre los sectores de extrema izquierda que abogaban por acciones más radicales y entre los comunistas aquellos que observaban la situación desde un punto de vista más moderado, según López Ariza, eran tachados de socialdemócratas por algunos compañeros del movimiento³⁶.

En las asambleas, en las reuniones, en las manifestaciones, en la pegada de carteles, en las huelgas, en toda la serie de interacciones personales que subyacen a estas acciones es donde se va tejiendo esa identidad³⁷. El mundo con el que se relaciona López Ariza es el mundo del antifranquismo, su visión de la realidad política está muy influenciada por esos procesos de micromovilización cotidiana, por el tipo de lecturas que hace³⁸, la música que escucha³⁹, las previsiones políticas del partido, etcétera. Se está elaborando una identidad personal simultánea a la colectiva que ofrece una forma de interpretar el mundo y da un sentido a la protesta. En el proceso de creación de dicha identidad colectiva tiene especial importancia la confianza en la acción: la lucha es necesaria, es la mejor herramienta para solucionar los problemas. Como participante en aquella identidad antifranquista, la convicción en que la protesta era el medio más adecuado para derrocar al régimen queda patente en el testimonio de López Ariza, para quien “merecía la pena luchar, merecía la pena acabar con la dictadura”, los resultados se iban viendo diariamente, cada vez más gente se unía a la lucha antifranquista, por lo que “nunca me planteé abandonar”.

³⁵ Cuando López Ariza hace referencia a todas esas actividades de la vida diaria que “van configurando” el movimiento de forma explícita hace referencia a que éste no es algo prefijado, no representa una realidad ya dada de antemano, sino que más bien es un proceso social en sí.

³⁶ Las palabras de López Ariza dejan claro que el movimiento no se sustentaba en la existencia de un grupo homogéneo. Cuando hace referencia a los debates internos con la extrema izquierda, a la preponderancia del PCE en el movimiento y a la organización de actividades de disidencia bajo el cemento de unión del antifranquismo, su testimonio se acerca mucho a las actividades que Charles Tilly destaca dentro de un movimiento, las cuales se orientan a “crear coaliciones, eliminar líderes rivales, consolidar sus propias bases, evitar rupturas visibles y organizar manifestaciones públicas de carácter unitario”. Tilly, Ch.: “Social Conflict, Center for Studies of Social Change” en *The Working Papers Series*, nº 43, junio 1987, p. 22.

³⁷ Melucci, A.: “The process of collective identity” en Johnston, H. y Klandermans, B.: *Social Movements and Culture*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, p. 43.

³⁸ En lo que respecta a publicaciones de tipo político principalmente leía la prensa del PCE y revistas de carácter democrático: *Mundo Obrero*, *Nuestra Bandera*, *Hermano Lobo*, *Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, etcétera.

³⁹ Sobre todo escuchaba a Paco Ibáñez, Lluís Llach, Joan Manuel Serrat, Raimón y otros cantautores que en aquellos años protagonizaron el auge de la *canción de protesta* en España.

4. Después de la universidad. Vuelta a Albacete.

La militancia estudiantil es algo temporal, concluye con la extinción de la condición de estudiante. En el caso de López Ariza tiene especial importancia. Como ya hemos visto, durante los años de universidad la militancia comunista no deja de ser algo instrumental puesto al servicio de las reivindicaciones democráticas. La militancia en el movimiento se antepone a la militancia dentro de la organización del partido. En realidad era más un comunista que formaba parte del movimiento estudiantil que un miembro del partido comunista.

Sin embargo, el final de los estudios, la vuelta a Albacete y el inicio de una actividad de reestructuración del PCE provincial como encargado de organización provoca que esa doble militancia, en la que la participación en el PCE quedaba subordinada a la del movimiento, se diluya en una acción política principalmente centrada en el partido. Dicho en otras palabras, los incentivos *solidarios* (relaciones sociales, interacciones personales, lucha justa contra la dictadura, etcétera,) y *teleológicos* (consecución de la democracia) no desaparecerán, pero conforme se vislumbra el final del régimen y la convocatoria de unas elecciones su actividad política se teñirá de nuevas motivaciones, relacionadas con los objetivos últimos de todo partido: la obtención del poder⁴⁰. La lucha antifranquista continua, pero ahora no desde un movimiento social sino desde las estructuras de un partido político, con las diferencias que ello conlleva, sobre todo durante los años de la transición⁴¹.

López Ariza volvió a Albacete en 1973 después de concluir sus estudios en Granada. Pronto comenzó a trabajar en un instituto como profesor de matemáticas, del que posteriormente sería expulsado por su militancia política. La ciudad que encuentra a su vuelta “todavía es muy carca, todavía es un Albacete parecido al que me había dejado antes de irme, pero donde ya hay algunos núcleos con los que empiezo a contactar”. Estos grupos son principalmente de estudiantes universitarios que han acabado sus licenciaturas o están en periodo vacacional. La única entidad universitaria en la ciudad fue la Escuela Normal de Magisterio, con lo que el movimiento estudiantil fue prácticamente nulo. Sin embargo, la vuelta a Albacete de estudiantes recientemente graduados que habían experimentado con organizaciones antifranquistas en sus

⁴⁰ Acerca de los diferentes incentivos que los militantes encuentran para formar parte de un partido político véase Ware, A.: *Partidos políticos y sistemas de partidos*. Madrid, Istmo, 1996, pp. 112-122.

⁴¹ Esto es perceptible en la parte escrita por el propio López Ariza en el libro sobre la historia de los comunistas en Albacete. Véase López Ariza, J.M^º: “La transición” en *Los comunistas en la historia de Albacete*. Albacete, PCE, 1990, pp. 413-417.

universidades de destino fue muy importante en la articulación de la tibia oposición en la ciudad. A partir de estos jóvenes estudiantes recientemente integrados en el mundo profesional y activistas campesinos de la localidad de Villamalea se comenzó a reestructurar el PCE en la provincia⁴². López Ariza desempeñó las labores de secretario de organización provincial, lo que venía a ser el segundo del partido. Se encargaba de organizar la militancia, llegó a haber 1.000 activistas en la clandestinidad. Su función básicamente era reunirse con mucha gente “poco a poco” a lo largo de la provincia para conseguir una mayor afiliación.

En diciembre de 1973, con motivo del *proceso 1.001* contra activistas de CCOO, el PCE organizó una tímida acción de protesta –pegada de pegatinas, distribución de propaganda ilegal, etcétera.- en la ciudad. El aumento de la vigilancia que había supuesto el reciente asesinato de Carrero Blanco hizo que la célula fuese detenida⁴³. Debido a esta detención López Ariza cumplió condena hasta febrero de 1974. Este acontecimiento nos lleva a analizar otro de los elementos clave de la militancia: la represión.

Como se ha visto más arriba, con anterioridad ya había hecho frente a la represión franquista. Su detención por participar en la disidencia estudiantil le llevó a ser expulsado de la Universidad de Murcia, del Colegio Mayor y a perder la beca. Fue entonces cuando se enfrentó por vez primera, de forma directa y personal, a la represión. Pero siguió en la lucha porque “ya estaba en una situación que no tenía retorno”. Demuestra así que por aquel entonces su compromiso con la militancia había alcanzado un punto de imposible marcha atrás, lo que indicaba la consolidación de una identidad antifranquista que difícilmente podía ser abandonada sin renegar de toda una existencia. Para López Ariza no existía la posibilidad de abandonar la lucha, eso sería una traición a sí mismo y a sus convicciones.

La acción, la actuación en una lucha llena de sentido, genera más compromiso y participación en una especie de huida hacia delante. En dicha huida los riesgos e incomodidades de la acción no son desincentivadores sino *hipergeneradores* de protesta, López Ariza cree “que la represión en esa época me refuerza más”. Recuerda

⁴² Para profundizar en estas cuestiones véanse estos trabajos: Ortiz Heras, M., “De los productores de la dictadura a los trabajadores conscientes de la democracia en Castilla-La Mancha”, en Ortiz Heras, M., Ruiz González, D., y Sánchez Sánchez, I. (Coords.), *Movimientos sociales y estado en la España contemporánea*, Cuenca, UCLM, 2001, pp. 565-605. Sanz Díaz, B., “Bastiones de resistencia en Castilla-La Mancha (I): El caso de Villamalea”, en Sánchez, I., Ortiz, M., y Ruiz, D., (Coords.), *España franquista. Causa General y actitudes sociales ante la dictadura*, Albacete, UCLM, 1993, pp. 233-246.

⁴³ López Ariza describe las torturas a las que fue expuesto en la revista *La Seda*, nº 5, junio de 1985.

que tras las fuertes palizas recibidas durante su detención en Albacete por protestar contra el *proceso 1001*, uno de los guardias civiles que le habían torturado le dijo a otro “Fíjate cómo va, si es más comunista que antes”.

La represión está claramente relacionada con las oportunidades políticas. En un primer momento la represión puede convertirse en un desinhibidor de la protesta ya que provoca un aumento de los costes. Sin embargo, casos como el de nuestro personaje muestran que la represión también puede provocar el efecto contrario. Para ello son básicos dos elementos: el encuadramiento de la represión como ilegítima y la existencia de redes que permitan superar los costes impuestos por dicha represión⁴⁴.

López Ariza decidió proseguir en la lucha tras su detención en la universidad de Murcia porque “tras haber sufrido esas injusticias por nada, por nada, una de dos: o me retiraba y era una derrota tremenda para mí, o tenía que seguir luchando para acabar con ese estado de injusticia”. Su permanencia en la oposición antifranquista tras haber sufrido maltratos y cárcel en 1974 respondía al deseo de luchar por unas ideas que “se combatían a base de una injusticia tan brutal como coger a un pobre estudiante de 20 años o 21 y pegarle una paliza monstruosa de dos días, por no haber hecho nada”. Todo lo cual le llevaba a reafirmarse en su lucha porque por “no hacer nada” recibía “ese castigo tan disparatado”. Como vemos, la represión no provoca el amedrentamiento esperado cuando es percibida como inmoral, como ilegítima, cuando la percepción de la injusticia hace que el peligro de exposición a la represión sea visto como una responsabilidad de carácter ético-moral por parte del militante. La represión tiene un menor impacto en casos como el de López Ariza, plenamente convencidos de la utilidad y la necesidad de la protesta.

Por otro lado, la pertenencia a una organización con recursos, las relaciones personales y las muestras de solidaridad son elementos que dan sentido a la lucha y minimizan los costes propios de la represión. Tras la primera detención en Murcia, no llegó a cumplir cárcel gracias a la labor de un abogado del PCE que consiguió la libertad bajo fianza. Fianza que fue pagada por sus compañeros de facultad con la bolsa ahorrada para el viaje de fin de curso⁴⁵. Sobre la detención y vejaciones sufridas a finales de 1973 López Ariza señala que “la solidaridad es muy fuerte”. Aparece un

⁴⁴ Opp, K-D. y Roehl, W.: “Repression, micromobilization, and political protest” en *Social Forces*, vol. 69, nº 2, 1990, p. 521.

⁴⁵ Aquí también se pone en evidencia otro elemento importante: la represión en ocasiones contiene “sanciones positivas” en términos de aprobación social. Sin duda, la actitud de estos compañeros de curso al pagar la fianza impuesta a López Ariza muestra la aquiescencia general a su actividad como delegado de curso y militante en el movimiento estudiantil.

grupo de sacerdotes que protestan ante los malos tratos, según ellos porque “el silencio de la Iglesia cuando se dan casos públicos, la haría cómplice”⁴⁶. Como afirma De Nardo “cuando los disidentes se convierten en víctimas de una brutal represión, su movimiento habitualmente gana la simpatía e incluso el apoyo material de aquellos que no han sufrido directamente los excesos del gobierno”⁴⁷. Sus compañeros del PCE le llevan comida a la cárcel, ayudan económicamente a su familia, buscan a un abogado, etcétera. Es preciso resaltar en este punto el apoyo de su familia, de sus padres y de un hermano, que trabajaba en Standard y también era militante del PCE⁴⁸, de cara al reforzamiento de su actitud.

De su estancia en la cárcel a comienzos de 1974, López Ariza destaca la solidaridad de sus compañeros presos políticos. Los miembros del PCE disponían de una buena organización en la prisión, fruto de la experiencia adquirida durante muchos años de presidio. Los consejos, préstamos de dinero, de comida, etcétera, le facilitaron su existencia cotidiana en aquellos meses privado de libertad.

Al salir de la cárcel en marzo de 1974 volvió a Albacete con su familia. Después marchó a realizar el servicio militar a Valencia, donde trabajó en un colegio privado. Con motivo de la primera amnistía del gobierno Suárez pidió la readmisión en el instituto del que había sido despedido por motivos políticos. Le fue concedida y regresó a Albacete, donde prosiguió con su actividad política en la cúpula provincial del PCE. Con la llegada de la democracia ocupó el cargo de concejal en el primer Ayuntamiento democrático gobernado por el *frente de progreso* y también fue diputado provincial.

Como reflexión final, señalar que aquí nos hemos acercado a un único caso particular, pero en realidad representa un modelo de comportamiento perfectamente visible en la España militante y, por tanto, lo concebimos como generalizable a parte de la oposición antifranquista que se fraguó al calor del profundo cambio socioeconómico de los sesenta⁴⁹. El ejemplo de un tipo de proscrito que actuó y fue perseguido por la dictadura franquista a causa de sus ideas políticas y su compromiso opositor.

⁴⁶ *La Verdad*, 4-1-1974, p. 3.

⁴⁷ De Nardo, J.: *Power in Numbers: The Political Strategy of Protest and Rebellion*, Princeton University Press, 1985, p. 191.

⁴⁸ Como ejemplo de este apoyo es que algunas de las primeras asambleas clandestinas del PCE se realizaron en los bajos de la casa de los padres de López Ariza, con el consentimiento de estos, a pesar de que políticamente se situasen en una vaga posición de derechas, como señalábamos al principio.

⁴⁹ Se trata también de indagar en espacios hasta ahora poco estudiados que corresponden a provincias menos industrializadas despreciadas muchas veces por una historiografía que se ha dejado llevar por la importancia de modelos regionales con una economía más próspera. Véase el planteamiento de Cobo Romero, F. y Ortega López, T.M^a., “La protesta de sólo unos pocos. El débil y tardío surgimiento de la

El análisis aquí expuesto sobre la militancia antirrégimen evidencia la necesidad de establecer una conexión entre los cambios en las condiciones políticas y los procesos a partir de los cuales los actores dan sentido a su movilización. En efecto, como se ha visto, la movilización de recursos y el contexto socio-político son muy importantes a la hora de explicar la oposición organizada durante el tardofranquismo. Pero no menos importante son los elementos simbólicos que tejieron una identidad colectiva que bajo la bandera del antifranquismo y de la lucha por la democracia consiguió erosionar al régimen. Estructuras y cultura se combinan para explicar las experiencias de un proscrito durante la crisis de la dictadura.

protesta laboral y la oposición democrática al régimen franquista en Andalucía oriental, 1951-1976”, en *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 113-160.